

Ganador del premio del programa de  
escritura creativa de Grow Colombia.

## Ternero y el bosque perdido



**Andrés Felipe Vargas Coronado**

La finca del Abuelo es pequeña, así no parezca. Tiene cuatro vacas, un toro y dos terneros en tres hectáreas. Y en el centro de la finca hay un corral, que siempre está lleno de barro, y es donde el Abuelo amarra las vacas al botalón para ordeñarlas. Como dos vacas están recién paridas, aprovechamos para comer calostro; poquito, claro. Mamá y la Abuela me dan con maduro asado y yo me lamo los dedos de lo rico que sabe.

El Abuelo dice que la finca es muy pequeña para tanto animal, que va a tener que vender o las vacas o la tierra. Que por tanto gasto es que ha ido vendiendo a pedazos. Yo le digo que no porque, entonces, de qué vamos a vivir, aunque la verdad eso no me interesa.

Lo mejor de la finca es que uno al despertar amanece en el cielo. A las cuatro y media de la mañana, cuando se va abriendo el día, el mundo parece recién hecho. La neblina lo cubre todo y yo juego a correr, mientras arriamos las vacas junto a Aldo, el perro vaquero, con los brazos abiertos, como si anduviera en las nubes. El mundo por la mañana es todo blanco, igual que la

leche que saca el Abuelo, y el sol poco a poco empieza a despejar la neblina, llevándola hacia las montañas de enfrente.

Todas las tardes, después de almorzar, el Abuelo se dedica a cortar caña, recoger ramas caídas y picar rezagos de plátanos. Lo echa todo en tres tinas azules, lo mezcla con sal y afrecho y saca las vacas para que vayan comiendo. Así todos los días. Yo le pregunto por qué les da más si ellas todo el día comen y comen pasto en la finca. Él dice que no es suficiente. Y yo le creo, porque hay partes de la finca donde el suelo se ve pelado y seco. Debe ser por eso que algunas vacas están tan flacas.

\*

Mi Abuelo dijo que me va a dar uno de los terneros pequeños. La única condición es que debo cuidarlo muy bien, porque nació enfermo: tiene los cascos de las patas volteadas hacia atrás. El Abuelo dice que entablillándolo seguro se recupera. Yo lo quiero, y por eso ahora ando con él para arriba y para abajo, aprovechando los últimos días de vacaciones. Todavía mama leche de la mamá. El Abuelo los mete juntos al corral, y como el ternero se para con dificultades, se queda mirando fijamente la ubre llena, que casi se revienta, entonces coge impulso y se lanza. A veces queda de una ahí, jalando con fuerza, otras pasa derecho y toca ayudarlo para que se ponga de pie.

\*

Ya entré de nuevo al colegio. Pasé a séptimo grado. Así que solo puedo estar pendiente del ternero por la tarde. No tiene nombre.

El Abuelo me prohibió que le pusiera uno. No sé por qué. Pero fue rígido con eso, sobre todo cuando el ternero dejó de mamar y tuvo que comenzar a comer solo. La cuestión fue que no pudo, o no quiso. Ni hierba ni caña. Lo único que le gusta son las ramas de un árbol que da unas cosas que parecen arvejas. Las masca con gusto, feliz de la vida.

A medida que crece, el ternero se pone más flaco, como si lo que come no le alcanzara. Cada día que llego del colegio le veo una nueva costilla debajo del cuero blanco. Los cascos sí se le arreglaron, ya puede pararse bien, pero ahora le hace falta fuerza. Se sostiene a medias y camina en zigzag. El Abuelo le ha comprado medicina, mucha, y nada. El ternero, mi ternero, no progresa.

\*

En Ciencias Naturales, con el profesor Nelson, estamos viendo la contaminación en Colombia. El otro día dijo que los problemas son tres: contaminación del agua, contaminación del aire y la ganadería. No explicó muy bien o yo no entendí. Así que en el descanso me acerqué a preguntarle por qué, si mi Abuelo tenía pocos animales, terminaba haciéndole daño al planeta. “Entendiste mal”, me dijo, “yo no he dicho nada de tu Abuelo”.

El profe también me explicó que un día de vida de una vaca significa mucha huella de carbono. “¿Huella de qué?”, le pregunté. “Que produce muchos gases de efecto invernadero”, explicó el profe. No insistí, quizá el profe lo explicó en clase

mientras yo, elevado, pensaba en que a esa hora Aldo estaría entrando junto al Abuelo las vacas al corral. Además, añadió que hay zonas del país en las que se cortan todos los árboles para meter vacas. También, que las vacas terminan perjudicando las fuentes hídricas, que desaparecen por completo.

Lo que dice el profesor es cierto. Si uno mira la finca de mi Abuelo se da cuenta de que casi no hay árboles, solo unos pocos alrededor de la casa. Y él mismo me contó que antes había nacimientos de los que sacaban el agua para cocinar y lavar la ropa. En los años de Upa, dijo mi Abuelo.

Le conté al profesor de Ternero, de los animales de mi Abuelo, de que ya había tenido que vender una vaca, que se llevaron en un camión quién sabe para dónde, y que si no mejoraba la cosa así le iba a tocar con todas.

“Hay una solución, pero deberás convencer al Abuelo”, me dijo el profesor Nelson.

\*

El otro día, después del colegio, visité con el profesor Nelson la casa de un científico. De dos, más bien. Solo que uno vive lejos y se conecta por internet. Este último envía semillas que recoge por el mundo, de plantas que se supone que ayudan al planeta. Estos experimentos están esparcidos por toda la casa. Desde afuera alcanza a ver la terraza, donde sobresalen grandes hojas, y por las ventanas se asoman ramajes coloridos. No hablamos mucho, solo me dieron unas semillas diminutas en una bolsa

de arroz. El profesor me aconsejó, sobre todo, que le contara al Abuelo sobre las semillas. No le hice caso.

No le dije nada porque el Abuelo es celoso con la tierra. No le gusta arriesgar. Dice que la gente que se pone a sembrar una cosa y otra lo único que hace es dañar la tierra. Que así no funciona. Mejor dicho, si le digo, de pronto no me deja ni siquiera mostrarle las semillas.

Cierto día, al caer la noche, lo vi sentarse sobre el escaño, triste. Cuando se pone así solo se contenta con el café cargado que mi Abuela le lleva en un pocillo esmaltado. A mi Abuela le dijo, y lo recuerdo bien porque los escuché por el ventanal y soñé con eso aquella noche:

—Mija, ya son cuatro meses y el ternero nada que levanta cabeza. La tierra está cada vez más seca y las lluvias no llegan. ¿Qué le decimos si se nos muere?

—Tranquilo —le dijo mi Abuela—, que los tiempos se arreglan.

\*

Al Abuelo le pedí un pedacito chiquito en el que pudiera apartar al ternero. Solo para él, para que los demás no lo maltraten por pequeño, por no progresar. El pedazo lo cerqué con alambre y lo sembré todo, completico, con las semillas que me dieron. A las dos semanas no había nacido nada, ni sombra de lo que esperaba. Decidí esperar otras dos semanas, mientras el ternero

seguía con tetero e inyecciones que el Abuelo traía cada fin de semana del pueblo.

Al mes exacto, en mi pedazo comenzó a nacer una hierba increíble, más verde, y la tierra, sin saber por qué, se fue poniendo más negra. Tanto así que el ternero por fin se decidió a mascar del suelo y las demás vacas arrancaron el alambre para hacer lo mismo. Tuve que contarle al Abuelo, ahora sí. Y al profesor, que me sonrió y me puso cinco. Y al científico, para que me diera más semillas. Me dijo que ya no íbamos a necesitar toda la finca, que sembráramos la mitad y en el resto de tierra hiciéramos otra cosa, como recuperar el nacimiento de agua.

El Abuelo, a la semana no más, al ver esa hierba fuerte y la manera en que las vacas fueron engordando, volvió a sembrar guadua ahí donde hasta hace poco corría un chorrito pequeño de agua. También árboles de varias clases y nombres largos. Ahora la finca del Abuelo, con tanta cosa bonita, de verdad parece mucho más grande de lo que es.

\*

Han pasado tres meses desde que el Abuelo hizo los cambios en la finca. Como las vacas tumbaron el alambre que las separaba, ahora andan de nuevo por todas partes. La diferencia es que ya no hay barrial. Y que el Abuelo, eso dice, ordeña leche como si estuviera soñando. Y que ya no debe, todas las tardes, ponerse a trozar caña con la picadora. Cuando encendía esa máquina no

podíamos ni ver televisión porque se llevaba toda la energía de la casa.

Ternero ha crecido, está gordo y le gusta jugar con Aldo, el perro de mi Abuelo, al que le falta una pata y sabe dirigir las vacas hacia el corral. Además, por la finca suelen pasar manadas de pájaros cantando. Son pájaros de colores. La Abuela dice que no pasaban por aquí desde que ella estaba en la escuela. Han nacido árboles de la nada, pequeños troncos que brotan de la tierra y se van criando sin que nadie los haya sembrado. Y por el suelo, sin casi dejarse ver, andan insectos que nunca habíamos visto, camuflados en los ramajes y en la hierba.

Hace poco vinieron los científicos y el profesor a conocer la finca. Qué digo finca, si ahora por aquí todos hablan del *sistema silvopastoril*. Dijeron que se va a convertir en un corredor biológico muy importante. Que es algo así como un lugar por donde pasa la vida.

Con una pala sacaron un trozo de tierra y apuntaron, en coro:

—Claro, este suelo está acumulando el carbono de la atmósfera.

—Evitando que se caliente la tierra.

Al final, le preguntaron al Abuelo si quería presentarse a un proyecto para que le dieran un apoyo económico. Él me miró y yo le dije que sí con la cabeza. Los dos sonreímos.

Aunque yo, debo confesarlo, en lo único que pienso desde hace unos días es en que lleguen las vacaciones, para volver a correr a las cuatro de la mañana junto a Aldo, abriendo los brazos, soñando con sumergirme en las nubes, blancas como la leche que ordeña el Abuelo. Como la piel de Ternero, que muge allá a lo lejos, feliz de la vida. Y que llueva, porque la Abuela dice que por fin, después de tanto tiempo, van a regresar las lluvias. Y yo le creo.

Winner of the Grow Colombia  
Creative Writers Programme Award

## The Calf and the Lost Forest



**Andrés Felipe Vargas Coronado**

Translation by Tabitha Maser-Clarke

Grandpa's farm is small, even if it doesn't look it. He has four cows, a bull and two calves on three hectares. And in the middle of the farm there is a pen that is always full of mud, where Grandpa tethers the cows to milk them. As two cows have recently given birth, we make the most of the opportunity to eat the colostrum; just a little bit, of course. Mum and Grandma give it to me with ripe, baked plantains, and I can't help but lick my fingers because it's so delicious.

Grandpa says that the farm is too small for so many animals, that he is going to have to sell either some cows or some land. In fact, he has already started selling off small pieces of land because the farm is so expensive to run. I tell him not to, because then how are we going to support ourselves, although I'm not really that interested.

The best thing about the farm is that when you wake up in the morning, you wake up in the sky. At half past four in the morning, when the day is just beginning, the world seems newly made. The mist covers everything, and I play and run with open arms, as if walking on the clouds while we herd the cows with

Aldo, the cowherd dog. In the morning, the world is all white, just like the milk that Grandpa gets from the cows, and the sun begins to disperse the mist, bit by bit, carrying it away to the mountains opposite.

Every afternoon, after lunch, Grandpa sets to the task of cutting cane, gathering fallen branches and chopping up leftover plantains. He throws it all in three blue tubs, mixes it with salt and bran, and takes it out for the cows to feed on. It's the same every day. I ask him why he gives them more if they eat and eat grass all day on the farm. He says that it's not enough. And I believe him, because there are parts of the farm where the ground looks bare and dry. That must be why some of the cows are so thin.

\*

My Grandpa said that he would give me one of the little calves. The only condition being that I must look after it very well, since it was born sickly: its hooves are the wrong way round. Grandpa says that with splints, he is sure to recover. I love him, and that's why now I walk back and forth with him, making the most of the last days of the holidays. He's still suckling his mother's milk. Grandpa puts them in the pen together. As the calf has difficulties standing, he waits, staring intently, his eyes fixed on the full udders that are fit to burst, then he gains momentum and launches himself at her. Sometimes he lands right there, and

pulls at the udder hard, other times he goes straight past and needs help to stand up again.

\*

School has started again. I've moved into the seventh grade, so I can only look after the calf in the afternoon. He doesn't have a name. Grandpa forbade me from giving him one. I don't know why. But he was adamant about it, especially when the calf stopped suckling and had to start eating on his own. The problem was that he couldn't – or he just didn't want to. Not grass, nor cane. The only thing he likes are the tree branches that bear something similar to peas. He chews them with great pleasure, as happy as can be.

As he grows, the calf gets thinner, as if what he eats is not enough. Every day when I get home from school, I can see a new rib beneath his white hide. His hooves have been fixed; he can stand up well, but now he lacks strength. He only half stands up and zigzags when he walks. Grandpa has bought him medicine, a lot of it, and nothing has worked. The calf, my calf, isn't getting better.

\*

In Natural Science class with Mr Nelson, we are learning about pollution in Colombia. The other day he said that there were three problems: water pollution, air pollution and livestock farming. Either he didn't explain very well, or I didn't understand. So, during break time, I went to ask him why, if my Grandpa

only has a few animals, it ends up harming the planet. 'You misunderstood,' he said, 'I wasn't talking about your grandfather.'

The teacher also explained to me that a single day in a cow's life creates a big carbon footprint. 'A carbon what?', I asked him. 'Something that produces a lot of greenhouse gases,' the teacher explained. I didn't ask what they were, maybe the teacher had explained it in class, while I, daydreaming, thought that at that time Aldo and Grandpa would be herding the cows into the pen. He also added that there are parts of the country where they cut down all the trees to farm cattle. Also, the cows end up damaging the water sources, which disappear completely.

What the teacher says is true. If you look at my Grandpa's farm, there are hardly any trees, just a few around the house. And he himself told me that there used to be springs where they used to get water for cooking and washing clothes. 'Since time immemorial,' said my Grandpa.

I told my teacher about Calf, about my Grandpa's animals, that he had already had to sell a cow, that they had taken it away in a truck to who knows where, and that if things didn't improve, he was going to have to sell them all.

'There is a solution, but you will have to convince your Grandpa,' Mr. Nelson said.

\*

The other day, after school, Mr. Nelson and I visited the house of a scientist. Well, more like two scientists. The only



thing is that one of them lives far away and connects via the internet. This scientist sends seeds that he gathers from all over the world, from plants that are supposed to help the planet. Their experiments are scattered all over the house. From outside, you can see the terrace with huge leaves towering over and windows with colourful foliage peeping out. We didn't speak much; they just gave me some tiny seeds in a bag of rice. The teacher told me I must tell Grandpa. I didn't listen to him.

I didn't say anything to Grandpa because he is very possessive about his land. He doesn't like to take risks. He says that people that go from sowing one thing to the next only damage the land. That it doesn't work like that. In other words, if I tell him, he may not even let me show him the seeds. One day, as night fell, I saw him sitting on the bench, looking sad. When he gets like that the only thing that cheers him up is the strong coffee my Grandma brings him in an enamelled cup. He said to my Grandma, and I remember it well because I heard them through the window and dreamt about it that night:

'Dear, it's been four months and the calf can't even raise its head. The land is getting drier and drier, and the rains aren't coming. What do we tell him if it dies?'

'Don't worry,' my Grandma told him, 'things will get better.'

\*

I asked Grandpa for a small piece of land where I could keep the calf. Just for him, so that the others couldn't bully him for

being small, for not getting better. I fenced off the piece of land with wire and sowed the whole thing, completely, with the seeds they gave me. After two weeks, nothing had come up, not even a shadow of what I had hoped for. I decided to wait another two weeks, whilst the calf continued feeding with a bottle and having the injections that Grandpa brought back every weekend from the village.

Exactly one month later, an incredibly green grass began to grow on my piece of land, and the soil, without knowing why, became blacker and blacker. So much so that the calf finally decided to chew the grass and the other cows pulled up the wire fence to do the same. Now was the time to tell Grandpa. And my teacher, who smiled and gave me top marks. And the scientist, so that he would give me more seeds. He told me that we wouldn't need to use the whole farm, that we should sow half of it and do something else with the rest of the land, like recovering the water source.

Less than a week later, Grandpa, seeing the strong grass and how the cows were getting fatter, planted *Guadua* bamboo in the place where, until recently, a small trickle of water had been running. He also planted different kinds of trees with long names. Now Grandpa's farm, with so many beautiful things, really does look much bigger than it is.

\*

Three months have passed since Grandpa made the changes

to the farm. Since the cows knocked down the wire fence that separated them, they now roam freely once again. The difference is that now there is no mud pen. And that Grandpa says that milking the cows is like a dream. And that he no longer has to chop up cane every afternoon with the shredder. When he used to turn on that machine, we couldn't even watch the television because it used up all the power.

Calf has grown up, he is fat and he likes to play with Aldo, my Grandpa's dog, who is missing a leg and knows how to herd the cows into the pen. Also, flocks of singing birds often fly across the farm. They are colourful birds. Grandma says that they haven't passed through here since she was at school. Trees have been born out of nowhere, small trunks that sprout from the earth and that keep growing without anyone having planted them. And on the ground, almost unseen, roam little insects that we have never seen before, camouflaged in the foliage and grass.

A short time ago, the scientists and my teacher came to see the farm. What am I saying 'farm' for? Everyone around here calls it 'The Silvopastoral System' now. They said that it was going to become a very important biological corridor, which is something like a place where life passes through.

With a shovel, they scooped up a patch of soil and declared, in unison:

'Clearly, this earth is absorbing the carbon from the atmosphere.'

'Preventing the Earth from heating up.'

In the end, they asked Grandpa if he wanted to apply for a project for financial support. He looked at me and I nodded yes. We both smiled.

Although, I must confess, the only thing I've been thinking about for the past few days is the start of the holidays, so that I can go back to running with Aldo at four o'clock in the morning, arms open wide, dreaming of immersing myself in the clouds, as white as the milk that Grandpa gets from his cows. As white as the hide of Calf, who moos in the distance, as happy as can be. And that it will rain, because Grandma said that finally, after so long, the rains will return. And I believe her